

Como en el poema anterior, en los otros nueve que abigarran el libro los versos de Mariano Roldán son como aquellos del poeta que imprime en sus frases la gran ilusión del amor, pero que, a la vez, magnifica los sucesos y los sabe convertir en itinerante sortilegio de promesas y sensaciones, en calurosa manifestación de dulces sensaciones, en una ternura madura y racionalizada, en el ímpetu perfecto del amante y en la ardiente manifestación del inventor de futuros sobre la concreta promesa de las horas compartidas, del tiempo detenido, de las frases nacidas a media voz, violentamente puras, ya que, como dice Roldán en «Pureza», «A despecho de omnívoro prejuicio social / vienes a mí y te amo».

Poemas, sin embargo, reflexivos y mesurados donde se adivina como una latente meditación íntima acerca de un más allá de lo puramente carnal para llevarnos a esa cita de Epicuro que abre el libro: «El cuerpo, en lances de amor, es parte indispensable del alma», y donde Mariano Roldán, el poeta, da una muestra solemne de un buen hacer lírico pocas veces logrado.

ACLARACIÓN FINAL

Creo que interesa destacar que Pliegos del Sur se edita por Azur, y aparecen en ediciones no venales de 500 ejemplares numerados. No olvidemos las palabras de sus directores en su «propósito» reseñado en el primer título: «Esta salida, en cierto modo, constituye, más que una mera presencia personal, una manifestación, largamente desautorizada, de la parcela cultural más importante de un pueblo.» Pero también indicaban que se trata de dar a conocer a la poesía y a los poetas de Andalucía, para librar a ambos de «el desamparo editorial que sus intérpretes sufren en relación con los de otras latitudes».

Finalmente, y con la laguna del número 4, aún en prensa, titulado *Dogma*, se anuncia la edición de nuevos títulos con las autorías de Rafael Montesinos, Alfonso Canales, Jesús Montero, Pérez Estrada, Juvenal Soto, José Infante, Antonio Carvajal, Pablo García Baena, Manuel Montero, José Lupiáñez, Francisco Bejarano y Rafael Guillén.

Empresa, desde luego, aplaudible en beneficio de los poetas y la poesía del Sur y en beneficio también de toda una cultura pocas veces reconocida y estimulada.—MANUEL QUIROGA CLERIGO (*Real*, 6. ALPEDRETE. Madrid).

FERNANDO ARRABAL: *Teatro completo*, volumen I. Edición y estudio preliminar de Angel Berenguer. Cupsa Editorial. Madrid, 1979.

Más conocido por sus declaraciones políticas de un tiempo acá, el Arrabal dramaturgo sigue siendo uno de los grandes desconocidos del exilio español. El relajamiento de la censura, la muerte de Franco, las visitas a España, sus artículos y entrevistas en la prensa, el estreno de una que otra de sus obras, nada de esto implica, en última instancia, un verdadero acercamiento a esa obra arrabaliana en general. Especialmente bienvenido, pues, este esfuerzo de Cupsa de reunir el teatro completo de quien encabeza la «alternativa» dramática de los años cincuenta y sesenta frente a la escuela social realista.

Ocho obras tempranas de Arrabal se incluyen en este primer tomo, que va cronológicamente desde *Pic-Nic* a *El cementerio de automóviles* (quizá las dos más conocidas), pasando por *El triciclo*, *Fando y Lis*, *Ceremonia por un negro asesinado*, *El laberinto*, *Los dos verdugos* y *Oración*. La década de los cincuenta—desde 1952 a 1959, más específicamente—queda así cubierta en este tomo (no deja Berenguer de aludir a la dificultad de precisar fechas en el caso de Arrabal, cuyas redacciones definitivas pueden tardar incluso años; de gran interés sería poder precisar ahora la sospecha de Berenguer y ver hasta qué punto no se fragua este primer teatro conocido de Arrabal en otro desconocido, nunca estrenado ni publicado, que el dramaturgo crea en su época «primitiva»).

Muy útil (y más aún en sus partes polémicas) resulta el estudio preliminar que Berenguer lo dedica a estas ocho obras y a la figura y obra de Arrabal en general. Comienza con una comparación muy atinada entre los destinos personales del dramaturgo y los nacionales de aquella España franquista (excelente ejemplo, por si hiciera falta a estas alturas, de lo errado de cierta escuela literaria, en boga precisamente durante aquellos años cincuenta, que pretendía divorciar obra y vida de un autor). No olvida el crítico de tocar las relaciones entre la dramaturgia de Arrabal y el postismo, el surrealismo y el movimiento pánico (curioso, sin embargo, que no haga uso ni mención aquí de la célebre conferencia de Arrabal titulada «El hombre pánico», conocida por el público español, al haberla incluido José Monleón en *Fernando Arrabal*, de la Colección Primer Acto, Taurus, Madrid, 1968, si bien es verdad que Berenguer no deja de aludir al libro arrabaliano *Le panique*). También detalla las diferencias entre el teatro de Arrabal y el de los realistas socialistas, significando aquél una respuesta aún más radical, una total ruptura con el régimen y la censura franquistas, incluso a nivel de comunicación e inteligibilidad. Luego, cuando Berenguer contrapone radicales y reformistas, asignándoles a los realistas socialistas esta última categoría, el

asunto, que va más allá de lo semántico, entra en polémica. Pretender calificar de reformista el teatro de un Alfonso Sastre, un Buero Vallejo o un Lauro Olmo puede resultar tan inexacto como confundir el radicalismo de Arrabal con un teatro de evasión o un radicalismo de de-rechas.

Seductora como sea siempre la crítica de Berenguer, tiene momentos, como el recién señalado, en que conviene matizar más ciertos términos y conceptos. Así, para aludir a otro ejemplo, la aceptación por parte del crítico de la tesis política que ve la proletarización de la pequeña burguesía como algo más que factible en la España franquista, bien soportaría mayor análisis en más de un sentido (pese a lo útil que resulta para explicar el caso de Arrabal en general). A favor de Berenguer está la brevedad forzosa de una introducción que no le permite ampliar a veces como sin duda alguna quisiera. A favor también, la seriedad con que suele plantear sus argumentos, que es precisamente lo que da ese carácter útil a la polémica. En contra, su tendencia a autocitarse en excesivo, sin explotar la crítica de otros al máximo. Defecto comprensible, en definitiva, en quien ha manejado y absorbido la obra de Arrabal tanto y tan intensamente.—EUGENIO SUAREZ-GALBAN (*Juan Ramón Jiménez*, 7. MADRID-16).

ALEJO CARPENTIER: *El arpa y la sombra*. Ed. Siglo XXI de España, 1979.

Este «pequeño libro»—al decir del propio autor—es una contribución más lúcida, erudita y, en gran medida, bella a la interminable polémica sobre Cristóbal-Cristobal-Cristóphoros-Colón-Colom-Colombo. Alrededor de 200 páginas le sirven y le bastan a Alejo Carpentier para componer esta *variación* (en el sentido musical del término, como él mismo señala), esta réplica a la grandilocuente obra de Paul Claudel: *El libro de Cristóbal Colón*, adaptado por el propio Carpentier en una tarea mercenaria de su juventud para Radio Luxemburgo (1937), y, en fin, a otro «increíble libro de Leon Bloy, donde el gran escritor católico solicitaba nada menos que la canonización de quien comparaba llanamente con Moisés y San Pedro».

Este libro participa de varios géneros o modos literarios: biografía, mitología, de la mistificación y la farsa y hasta—como se ha subrayado—del auto sacramental. Pero es, sobre todo y por encima de los géneros y formas, una creación literaria hábil, bella casi en todo momento,

libre y en especial amena, que no desmerece del resto—hasta aquí—de la muy importante obra del escritor cubano.

Copiosas bibliotecas se han escrito sobre Cristóbal Colón, y mientras más se escribe, se investiga, se ensaya y se monografía, más se oscurece, se mitifica y se emborrona la misteriosa vida del almirante. ¿Quién fue? ¿Dónde nació? ¿Cuál fue su verdadero *credo* y *raza*, si es que hay alguno? ¿Dónde reposan sus huesos, si alguno queda? ¿Cómo se llamaba verdaderamente? ¿Fue judío, judeo-cristiano, católico converso, pseudo-converso, cabalista? ¿Fue un diestro cartógrafo, un iluminado, un aventurero genial o simplemente un loco afortunado? A estas minuciosas, ilustres conjeturas, se agregan las aportadas, con todo derecho, ¿por qué no?, por Carpentier: un buscador de oro, un sensual—proclive *delle donne*, como quizá hubiera dicho de él su probablemente paisano el cardenal Alberoni—amante de Isabel *la Católica*. Un hombre del Renacimiento, en fin, tardío en España, de aquel tiempo tan pródigo en artistas sublimes, santos pecadores, cardenales y papas libidinosos, sabios paradójicos, vagabundos geniales.

Cristóbal Colón, en un aspecto o en otro, es reinventado de tanto en tanto. Y este «pequeño libro» de Alejo Carpentier es también el divertido intento de una reivindicación, urdida sobre la base de la tentativa de canonización del gran almirante y audaz agregado de las aventuras eróticas con la católica reina, que vendría a ser de tan insólita y descomunal casualidad como el propio descubrimiento del Nuevo Mundo. En medio de ello están presentes, en todo caso, las otras obsesiones de Colón—y de los poderosos de aquella época (y de casi todas)—, como la apropiación de nuevos dominios, la búsqueda del oro: «... y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al sur o volviendo la isla por el sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello, y tenía muy mucho...». «... Y así partí... para pasar a estotra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres... hacen señas que hay mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz, y al pescuezo» (Cristóbal Colón, *Diario de navegación*).

Y del oro, Carpentier le hace decir: «En cuanto al oro, decían que lo había en cantidad. Y yo pensaba que era tiempo ya de que apareciese el divino metal...».

Pío IX—conocedor de aquel Nuevo Mundo, por haber servido a Dios en Buenos Aires y Santiago de Chile, digno sucesor de Urbano VI, «irascible protagonista del cisma de Occidente»—fue quien resucitó y apadrinó la idea de canonizar a Cristóbal-Cristóphoros-Colón. Para ello, cuando no llevaba más de cinco años elevado al trono de San Pe-

dro, «había encargado a un historiador francés, el conde Roselly de Lorgues, una *Historia de Cristóbal Colón*, varias veces leída y meditada por él, que le parecía de un valor decisivo para determinar la canonización del descubridor del Nuevo Mundo», dice Carpentier (pág. 20).

«Lo ideal, lo perfecto, para compactar la fe cristiana en el Viejo y Nuevo Mundo, hallándose en ello un antídoto contra las venenosas ideas filosóficas que demasiados adeptos tenían en América, sería un santo de ecuménico culto, un santo de renombre ilimitado, un santo de envergadura planetaria, incontrovertible, tan enorme que, mucho más gigante que el legendario Coloso de Rodas, tuviese un pie asentado en esta orilla del continente y el otro en los finisterres europeos, abarcando con la mirada, por sobre el Atlántico, la extensión de ambos hemisferios. Un San Cristóbal, Christóphoros, porteador de Cristo, conocido por todos, admirado por los pueblos, universal en sus obras, universal en su prestigio» (págs. 49-50). Esta idea pontificia es el asunto de la primera parte del libro, titulada *El arpa*. La segunda—*La mano*—está narrada por el propio Colón, en los momentos en que moribundo espera al confesor, a quien le rendirá testimonio acabado de la verdad de su vida («Hablaré, pues, lo diré todo», pág. 61). Y aquí, en este trozo del libro es cuando el autor despliega lo mejor de su fantasía en páginas bellamente escritas y en no pocos desenfadados desopilantes, como, por ejemplo, este diálogo entre la reina Isabel (a quien Colón llama *Columba*) y el propio Colón, todo esto en tono de una verdadera disputa cuasi conyugal: «Dijo ella: —Embustero, como siempre. —¿Y a dónde llegué yo entonces? —A un lugar que en nada se parece a una provincia de Indias. —En la empresa comprometí mi honor y arriesgué mi vida. —No tanto, no tanto. Si no llegas a encontrarte con ese maestro Jacobo en la isla del Hielo, no hubieses ido a lo seguro. Tú sabías que, *de todos modos*, fuese como fuese, llegarías a una tierra. —¡Tierra de tesoros fabulosos! —Por lo demostrado, no lo parece. —¿Por qué demonios me escribieron apremiándome a preparar un segundo viaje? —Por joder a Portugal—dijo ella mordiendo plácidamente un trozo de mazapán toledano...» (págs. 155-156).

La sombra es el título de la tercera y última parte del libro, en nuestra opinión un tanto sobreactuado. Es la pintoresca descripción del juicio previo a la beatificación ante el tribunal compuesto por el presidente y dos jueces, y como litigantes, el *Promotor Fidei*, fiscal de la causa o abogado del diablo, por una parte, y por la otra, el postulador, que fue el erudito comerciante genovés José Baldi (puesto que el historiador y experto en Colón, conde Roselly de Lorgues había muerto pocos años antes), «experto diamantista—dice Carpentier—, muy con-

siderado y bienquisto en el ámbito vaticano por sus muchas obras de caridad» (pág. 199).

En muchas de estas páginas finales decae el tono y la envergadura del libro, con ciertas concesiones no a lo farsesco, sino a lo casi chabacano, que ni la habilidad ni la erudición del autor logran soslayar. Un final apresurado, creemos, un colofón más chistoso que gracioso, en que si bien decae el tono, de ninguna manera alcanza a invalidar este insólito ejercicio narrativo del gran escritor cubano.—HECTOR TIZON (*Verónica*, 8. MADRID).

ROBERT LIMA: *An annotated bibliography of Ramón del Valle-Inclán*. Bibliographical Series, n.º 4. The Pennsylvania State University Libraries, 1972; 406 págs.; 14 ilustraciones.

Desde unos años, Valle-Inclán es un autor cuya gloria crece, y cada vez más numerosos son los artículos que le dedican las revistas. Sin embargo, las investigaciones bibliográficas no habían seguido la corriente y no estaban al día; se necesitaba imprescindiblemente una bibliografía completa o, por lo menos, puesta a la hora del día.

Por eso, el trabajo de Robert Lima y de su equipo llega a tiempo y será obra útil para los investigadores.

Está dividida en dos partes: las obras de don Ramón y los estudios.

Dentro de las obras, Robert Lima recoge las publicaciones periodísticas, las primeras ediciones, las ediciones contemporáneas a don Ramón, las traducciones y las adaptaciones realizadas por Valle-Inclán, los prólogos, las conferencias, las antologías en las cuales se encuentran fragmentos y las ediciones póstumas. También recoge las traducciones a idiomas extranjeros.

La segunda parte contiene los estudios dedicados a Valle-Inclán repartidos según los distintos géneros: prosa, drama, poesía, estética.

El esquema parece clarísimo y el racionalismo de la clasificación da la ilusión de un libro fácil de consultar. Mientras tanto, la práctica demuestra que es mera ilusión, como lo es lo de la bibliografía puesta al día. Faltan muchas cosas. Así, por ejemplo, no menciona una serie de diez artículos publicados por *El Mundo* en 1908, con relación a la Exposición de Bellas Artes; que el autor de la bibliografía no conozca la existencia de la totalidad de aquellos artículos puede entenderse, ya que aún no han sido recogidos todos; sin embargo, su existencia viene revelada en varios artículos y su consulta está al alcance de cualquiera.